

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del miércoles 8 de abril de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Verónica Anguita, Cristián Barría, Carolina Correa, Carolina Del Río, Caridad Merino, Carmen Reyes, Francisco Téllez, Fernando Verdugo, Samuel Yáñez y el P. Sergio Silva como invitado.

Luego de acoger y presentar al invitado a esta sesión, el P. Sergio Silva, profesor en la Facultad de Teología de la P. Universidad Católica de Chile, se hace una breve presentación del texto de lectura previa, un borrador de trabajo titulado *La píldora y Galileo. ¿Hay un giro copernicano de la sexualidad en el siglo XX?*

El siglo XX ha conocido una verdadera revolución de las costumbres sexuales. Una de las fuentes de esta honda transformación está en la ciencia y en la técnica. El cardenal Suenens temía que este tema de la sexualidad podía llegar a constituirse en un nuevo *caso Galileo* en el siglo XX. Pueden mencionarse tres cambios sucesivos, ocurridos por efecto de avances en el conocimiento tecno-científico. En primer lugar, el desarrollo del *método del ritmo*, que significó el paso de una situación de desregulación a una de regulación. En segundo término, la aparición de la *píldora anticonceptiva* en la década de los '60. Finalmente, el desarrollo de procedimientos de *fertilización asistida* –ya hay alrededor de 1 millón de nacimientos por esta vía. La jerarquía de la Iglesia aceptó con audacia el método del ritmo en 1951, uniendo la regulación con la paternidad responsable y destacando el valor de la sexualidad *por sí misma*. Sin embargo, luego vino una actitud conservadora respecto de los nuevos cambios. Los nuevos *conocimientos*, que están a la base de los nuevos procedimientos de *regulación*, contrarían lo que era considerado *sentido común* –que la sexualidad se asociaba necesariamente a la fecundidad. El saber nuevo muestra que no es así –la apertura a la fecundidad corresponde, a lo más, al 25% del período de la mujer. En un 75%, el fin de la sexualidad tiene que ver con la relación de la pareja, con sus componentes de encuentro, cariño y placer. La naturaleza misma de la sexualidad humana aporta una base para la consideración separada de los fines de la sexualidad. Los diversos métodos de regulación permiten un cierto dominio humano de esta separación. Esta separación no era conocida antes –y, por tanto, no era susceptible de dominio. Un ejemplo ilustrativo de esto se encuentra en la decisión personal de Freud, quien optó por la continencia a partir de los 40 años, como modo de regulación de la fecundidad. En la antigüedad, se atribuía máximo valor a la *fecundidad*, considerada como asunto divino, y no humano. Lo humano era el ejercicio de la sexualidad, pero la *procreación* era algo *espontáneo* y dependiente de la Voluntad divina únicamente. Se puede formular la siguiente hipótesis: esta especie de hipertrofia en la valoración de una *fecundidad espontánea*, continúa vigente hoy en las posiciones más conservadoras –que, por lo tanto, no han asumido suficientemente los nuevos planteamientos derivados del saber tecno-científico. Como si este saber estuviera sabiendo algo que no corresponde saber, o que sabido, no corresponde usar. De hecho, la idea de la presencia creadora de Dios en la concepción humana es uno de los fundamentos teológicos de las posiciones de *Humanae*

Vitae. En suma, nos encontramos en estos temas con dos posiciones distintas, con dos modos de pensar, con dos paradigmas.

A partir de esta exposición, tiene lugar un intercambio de opiniones, que puede ser recapitulado en torno a cuatro ejes.

En primer término, ¿cómo entender las posiciones más conservadoras? Pueden formularse distintas hipótesis explicativas, no necesariamente excluyentes entre sí. La persistencia de una mentalidad *tabú* respecto de la sexualidad. O la influencia de lo que podría denominarse la *función constantiniana* asumida históricamente por la institución eclesial, al servir de garante y control de la moralidad social. Esto influiría todavía hoy, pues ¿quién va a controlar el poder de la tecno-ciencia? El temor a la *anomia*, a una *pendiente resbaladiza*, operaría en el subsuelo de la pervivencia de este afán de mantener la función social de control moral ejercida por la Iglesia. Aunque la influencia de ésta haya disminuido –o quizás por ello mismo. Tal vez, también hay que considerar nudos *teológicos*. Así, la presencia de Dios en la sexualidad, en particular en el fenómeno de la procreación (*fecundidad*), quizás se comprende como una acción en buena medida *inmanente* a la vida sexual –habría así un cierto olvido de su *trascendencia*. Armonizar creación divina y procreación humana, si fuere el caso, constituiría aquí un desafío intelectual.

Pasando a otro tema, hay que considerar el inmenso *poder* otorgado por el saber tecnocientífico. ¿Cómo nos capacitamos para usar este poder con sentido verdaderamente humano? El control tecno-científico de los procesos plantea la tentación del egoísmo, la posibilidad de una primacía de intereses personales. El problema está en que el crecimiento del poder de dominio sobre los procesos no va acompañado de desarrollo moral. En concreto, por ejemplo, el uso de la píldora puede alentar actitudes irresponsables con quien se tiene vida sexual –tener sexo como algo *liviano y natural*, como bailar. El horizonte del encuentro y la relación humana puede irse perdiendo. El desafío es real y concreto –formar para una sexualidad *responsable* en el horizonte de las relaciones interpersonales. En este sentido, el uso de medios de regulación de la sexualidad requiere ser discernido desde el criterio de la integración personal de la pareja. Además, ¿hasta dónde puede perderse, con este crecimiento de poder, la conciencia de los límites? Tal vez, haya raíces de lo humano que no sea bueno sacar a la luz.

En tercer lugar, desde un punto de vista distinto, puede apreciarse que el saber tecnocientífico ha hecho posible procesos de liberación. ¿Por qué la *píldora* ha tenido tanto éxito entre las mujeres como método de regulación? Responde a una necesidad sentida y anhelada, pues ella permite la superación de una idea de maternidad como sujeción a necesidades meramente naturales. También permite emancipación de una situación de inequidad respecto de la vida masculina.

Finalmente, dada la centralidad evangélica del amor, se hace necesario considerar la sexualidad y el nuevo saber sobre ella desde esta óptica. Este nuevo saber permite una comprensión mejor del designio divino sobre la sexualidad. Constituye un regalo una sexualidad cuya fecundidad alcanza al 25% del ciclo femenino. Este dato es esperanza de liberación para aquellas parejas que se encuentran en una *pendiente resbaladiza* en su

relación, justamente, por la influencia de la prohibición y la idea de pecado asociada a la sexualidad. Se abre también la posibilidad de una relación más *ecológica* con la propia sexualidad, menos de dominio arbitrario y más de aceptación y desarrollo. La creación se muestra generosa en sexualidad. El crecimiento de la responsabilidad en su ejercicio no viene de la prohibición, sino de la confianza. El nuevo saber puede contribuir al paso de la lógica de la ley –que manda, prohíbe y permite- a una lógica del amor –que implica libertad en discernimiento. De hecho, una ética de la ley es más perezosa que una del amor. Hay que evitar el peso de una Iglesia custodio de la ley.

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del miércoles 13 de mayo de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Cristián Barría, Pablo Concha, Carolina Correa, Carolina Del Río, Caridad Merino, Carmen Reyes, Mike Van Treek, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

Se acoge a Mike Van Treek, teólogo laico, quien se incorpora al Círculo de estudio. En esta ocasión, el texto de lectura previa es, precisamente, una presentación de conclusiones de su tesis doctoral, dedicada a explorar el tema del placer erótico en algunos textos de la Biblia hebrea. Tres fueron los pilares metodológicos de la investigación. En primer lugar, el estudio del texto sagrado como cantera que *hace pensar*, como fuente de exploraciones –y no como palabra *normativa* acerca de lo que se debe o no debe hacer. En este sentido, se trata de una lectura *antropológica*. En segundo término, la asunción del punto de vista de la lingüística cognitiva, atento a la expresión figurativa de las emociones, en particular a las referencias *corporales* –por ejemplo, expresiones del tipo *estoy chato*. Por último, el análisis narrativo, dramático, de las historias. La atención se puso, entonces, en cómo el narrador explora el fenómeno del placer mediante su ficción narrativa, sus usos lingüísticos, etc. Este proyecto doctoral puede ser un paso en el proyecto mayor de desarrollar una gramática del erotismo divino bíblico.

¿Qué frutos pueden mencionarse al final del trabajo? Entre otros, dos pueden ser interesantes para el tema de este Círculo de estudio. Por una parte, se constata una dosis de sombra, fracaso, *impasse*, en el tratamiento del placer –aunque hay ciertas salidas sutiles en las historias. Las situaciones de *sustitución* abundan en los textos estudiados –la unión placentera se consume con otro o con otra, no con el primariamente buscado y amado. Se yergue así la importante relación entre placer erótico y reconocimiento. En esta línea puede inscribirse el uso del lenguaje erótico para expresar la relación con Dios. Por otro lado, este mismo uso muestra el carácter *fruitivo* de la experiencia de Dios. A este respecto, llama la atención que en los índices lexicográficos de los diccionarios aparezca la referencia clara al universo semántico de la *voluntad*, pero quede silenciada la zona de vocablos como *deseo*, *entusiasmo*, etc.

Luego de esta presentación, se desarrolla un diálogo que es posible sintetizar en torno a cuatro ejes de conversación.

En primer lugar, llama la atención vivamente la referencia a la *voluntad*. Los términos hebreos, traducidos luego por *voluntad* y vocablos afines, indican más fuertemente *consonancia emocional*. Se agrega que en los textos clásicos de la Grecia antigua también se encuentra esta inclinación. ¿Cómo llegó a constituirse entonces la teología patristica de la *voluntad* de Dios? ¿Hasta dónde está presente aquí la influencia estoica? Pues, al rezar el Padre Nuestro, en vez de decir *que se haga tu Voluntad*, podría decirse *que se haga lo que Dios tiene en su corazón*.

En segundo término, se reflexiona sobre esta presencia del placer erótico en la Biblia hebrea, y sobre el modo de su presencia. Es verdad que las historias terminan en *impasse*, incluso a veces en tragedia, pero esto no puede interpretarse sin más como una visión negativa del placer. Más bien sucede lo contrario: hay pluralidad, riqueza de vida. Se da cuenta de la variedad de la experiencia humana –por ello, todo está lleno de problemas. El placer resulta un dato cotidiano. Y el lenguaje religioso está cercano a dicha experiencia. Es después que el placer se vuelve sospechoso, deja de ser *metáfora* de la relación con Dios. De hecho, el lenguaje religioso entonces se lexicaliza, se vuelve esotérico. No es así en el *Cantar de los Cantares*. Será Occidente el que desarrollará lo que podría denominarse una *ciencia de la sexualidad*. En la Biblia hebrea hay, más bien, *arte*, y no ciencia, en este tema. Incluso está la existencia del *tantra* bíblico –el arte de esperar el clímax hasta la consumación escatológica. Otro tema que llama la atención es la estigmatización de la mujer. La mujer está simplemente *ahí*, ofrecida pasivamente, como objeto de placer. Se trata de pinturas elementales de un pueblo en estadios rudos de desarrollo. Ello ha llevado a sacar del canon judío, justamente, los denominados *textos de terror*, atentatorios contra la dignidad femenina. Pero estos textos, y el hecho que las historias terminan en fracaso, aunque con caminos de salida, puede también expresar una actitud ante la violencia –hay que explorarla narrativamente, para exorcizarla. La violencia aparece así dotada de cierta estructura. Y este pueblo no está dispuesto a tajarla, idolatrando ilusoriamente a sus antepasados. La utilización y manipulación del deseo aparece como instrumento de dominación.

Un tercer tema, que apenas se insinúa, lo constituye la perspectiva de estudio de los textos bíblicos, que no los considera como textos *normativos*. Es la tensión antigua entre exégesis y dogma, por una parte, y entre hermenéutica bíblica y moral teológica. El texto aparece aquí como un mundo por recorrer. Hay que evitar la moralización de la hermenéutica bíblica, es verdad, pero, ¿cómo la lectura narrativa o antropológica es, *a una*, teológica?

Un último tema sobre el que se conversa es el de las relaciones entre placer, alteridad y reconocimiento. El recurso de las *sustituciones* en las narraciones bíblicas lo pone de manifiesto. En la línea de Freud, incluso, podría decirse –el padre o madre como primeros objetos amorosos, sustituidos por segundos y terceros objetos. Y están los objetos transicionales. Hay aquí una hipótesis apasionante, a la vez que difícil de realizar, a saber, el llamado que habitaría en lo íntimo del deseo, en el sentido de aprender a suscitar el placer en el otro, en tanto reconocido. Esto podría llamarse la *fuerza de comunicación* que puja en todo gozarnos.

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del miércoles 17 de junio de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Verónica Anguita, Cristián Barría, Carolina Del Río, Alejandra Lustig, Paula Richard, Mike Van Treek, Fernando Verdugo, Samuel Yáñez.

Completados ya 2 años y medio de funcionamiento de este grupo, ahora *círculo de estudio*, sobre temas de sexualidad en perspectiva creyente, es posible hacer un listado de temas que han ido apareciendo como significativos en la conversación y la reflexión: la sexualidad en la juventud; la sexualidad en la consulta (sexualidad y salud); las metamorfosis de la sexualidad; el carácter conflictivo del tema en la Iglesia; el placer en el AT; sexualidad y reconocimiento, el sentido relacional del erotismo; la sexualidad en la cultura chilena; la sexualidad como buena nueva; la educación sexual; figuras históricas de la sexualidad; la sexualidad en otros credos (judíos, protestantes, etc.); sexualidad y género; la categoría de sexualidad; renovación de la moral sexual católica, en la línea de la renovación de la moral social; experiencia religiosa y sexualidad; creación y procreación.

Los miembros del *círculo* manifiestan, de diversos modos, la riqueza del trabajo realizado. Se aprecia especialmente el clima de interés y libertad de la conversación. Hay una conciencia de que el *círculo* está en período de búsqueda sobre estos temas. Las sendas ética y jerárquica se experimentan cerradas eclesialmente, y, por ello, se tantean vías para palabras orientadoras capaces de transmitir la buena nueva de la sexualidad, recogiendo toda la complejidad del fenómeno. Se busca, a la vez, aclararse y poder ofrecer una palabra honesta y significativa. En esta línea, la sesión se dedica a sopesar diversas iniciativas posibles para dar más fruto.

Podría el círculo, junto a otros especialistas y profesores invitados, ofrecer un Diplomado. O, tal vez, embarcarse en la publicación de un libro. Hay razones en pro y en contra para uno y otro proyecto. En ambos casos, por supuesto, habría que identificar con claridad el hilo conductor, seleccionar los temas, integrar una pluralidad de voces y perspectivas.

Un **diplomado** es, usualmente, un programa docente de extensión. Su objetivo suele ser pedagógico, formativo. El *círculo* se experimenta, más bien, en una fase de búsqueda. Esto hace pensar a algunos que no es el momento de ofrecer un diplomado. Otros arguyen que el encuentro cara a cara con personas interesadas en el tema resultaría muy interesante para las propias reflexiones del *círculo*. Permitiría una mayor vinculación con el medio. Además, la formación implica también la apertura de problemas, la comunicación de búsquedas inacabadas. Incluso, un diplomado puede dar lugar a la publicación de un libro.

El proyecto de un **libro** resulta atractivo para algunos. Un libro puede nutrir a muchos, sobre todo si tiene el formato de diversos artículos sobre variados temas. Especialmente, puede llegar a un público de formadores y padres. Y su objetivo usual no es necesariamente formativo. Un libro despierta preguntas y puede ser una extensión de la conversación que tiene lugar en el *círculo*. Se sugiere que la preparación de los diversos capítulos o artículos del libro tenga la forma de un seminario, de modo que los posibles escritores presenten su

trabajo en el círculo, de modo que los comentarios y reflexiones también sean tenidos en cuenta en la redacción definitiva.

Los participantes en la reunión acaban inclinándose por el proyecto de publicación de un libro durante 2010. Además, se formulan otras dos propuestas. La primera consistiría en la realización de un breve seminario con formadores y profesores en el mes de enero de 2010. La segunda, es la realización de un ciclo de tres paneles sobre temas de sexualidad (por ejemplo, tres jueves sucesivos, de 19 a 21 horas). Este formato permitiría un encuentro cara a cara y la extensión a otros del diálogo del *círculo*. Incluso, se propone concretamente un temario: el erotismo en la Escritura; la sexualidad hoy; perspectivas futuras. El formato podría ser: dos panelistas, y diálogo abierto; o bien, un expositor con dos comentaristas, y diálogo abierto.

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del miércoles 12 de agosto de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Cristián Barría, Pablo Concha, Carolina Correa, Carolina Del Río, Alejandra Lustig, Caridad Merino, Carmen Reyes, Mike Van Treek, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

Texto de lectura previa

HÉRITIER, F, *Masculino / Femenino II. Disolver la jerarquía*, FCE, 2007, 209-226.

La antropóloga francesa, en *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia* (1996), se planteaba la pregunta acerca de cómo han sido pensadas a lo largo de los años y por diversas culturas, las diferencias entre los sexos. En ese recorrido constataba una dominación de lo masculino sobre lo femenino por una indebida jerarquización de las diferencias. ¿Cómo es posible –se preguntaba hacia el final de esa obra- que las diferencias se hayan conceptualizado y traducido en una jerarquía en la que prima lo masculino?

En *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, Hérítier plantea la tesis de que la dominación masculina pasa fundamentalmente por el cuerpo de las mujeres. La conceptualización que se hace de que “habría una naturaleza, una ‘esencia’ femenina,” leída desde Aristóteles como imperfecta y asumida –no siempre en la teoría, sino más bien en la práctica- en la lectura cristiana, justificaría la sumisión del género femenino. Hérítier se pregunta si esa esencia imperfecta no es más bien una manipulación simbólica de los datos a fin de construir lo real de acuerdo al paradigma masculino y si la dominación por la violencia sobre las mujeres, fenómeno creciente en el mundo, es parte de ese paradigma masculino o es signo de su resquebrajamiento.

Para intentar dar respuesta, hace un recorrido por estudios de campo realizados en diversas comunidades culturales llegando a identificar lo que, a su juicio, constituye un “núcleo duro de observaciones primordiales”. Núcleo duro que estaría a la base de la jerarquización de los sexos y que se expresa en la capacidad exclusivamente femenina de tener hijos. Más aún, “para reproducirse como idéntico, el hombre está obligado a pasar por el cuerpo de una mujer. No puede hacerlo por sí mismo. Esta incapacidad es la que asegura el destino de la humanidad femenina.” (p. 23) Destino escandaloso ante la pregunta de ¿cómo es posible que las mujeres puedan concebir a sus hijas mientras que los hombres no pueden concebir a sus hijos (a sus iguales)?

“Las mujeres aceptan, por la fuerza de la ideología y por cómo la interiorizan, un sistema que las pone al servicio de la procreación de lo masculino (...) Así el destino de las mujeres habría estado marcado desde el origen del pensamiento consciente, por un lado por la observación de la diferencia sexuada que condiciona la aparición del pensamiento de categorías binarias, jerarquizadas y valorizadas porque son connotadas respectivamente por los signos de lo masculino y lo femenino y, por otro lado, por el hecho de que los hombres deben pasar por las mujeres para reproducir a su igual, lo que implica la apropiación y el avasallamiento de estas últimas a esta tarea, y su interiorización”. (p.25)

El pensamiento arcaico expresado por Aristóteles afirmaba que el nacimiento de mujeres era señal de un déficit de la potencia viril, la cual, en condiciones normales, engendra buenos productos, es decir, hombres. El hombre, entonces, es motor de la procreación y las mujeres están para darle hijos a la nación (o a la Iglesia) El hecho, según Hérítier, de que los hombres consideren a las mujeres como un *recurso* que les pertenece para reproducirse ha hecho que se codifique lo “superior” como masculino y lo “inferior” como femenino.

Por lo tanto, si aquí radica el problema, ¿cómo pueden las mujeres salir de este sistema de dominación que les impone el estatuto de reproductoras? Controlando la reproducción. “Para que ese sustrato cambie de manera radical, las mujeres deben acceder a ese estatus de derecho que es el estatus de la persona autónoma. El acceso a la anticoncepción es para mí la palanca esencial de la emancipación femenina”. (p.129) El rechazo a políticas sexuales igualitarias (derechos reproductivos, Pekín, 1995) esconde el miedo, según Hérítier, a perder el control que ejercen los hombres sobre la sexualidad femenina, y a todos los otros aspectos que derivarían de éste.

La anticoncepción. Hacia una nueva relación de las categorías de lo masculino y lo femenino

El hilo conductor de las páginas leídas radica en la pregunta de si la revolución que significó (y significa) la anticoncepción podrá influir sobre la elaboración arcaica de las representaciones admitidas de la relación entre los sexos. “Es necesario poner en evidencia los posibles cambios dentro del paradigma de la dominación masculina (...) de lo que pasa en las mentes, en los sistemas de representaciones, en el camino hacia una nueva relación de las categorías de lo masculino y lo femenino”. (p. 211)

Al asumir las mujeres el control de la natalidad se producen cambios sociales y conceptuales. A juicio de Héritier esto sucede, por un lado, al ser pareja de pleno derecho con todo lo que ello implica en los distintos dominios y, por otro, una posibilidad de “inversión de todas las jerarquías categoriales de las nociones que gobiernan nuestros sistemas de representación”, y si esto no se logra plenamente, al menos, “lograr un mejor equilibrio o una nueva distribución que haría que lo negativo no se asociara automáticamente al polo femenino ni lo positivo al masculino, lo que sería un verdadero signo de igualdad”. (p. 219)

La anticoncepción en manos de las mujeres era una prolongación de las funciones propias de la procreación. Sin embargo, el alto impacto y la amplia recepción por parte de éstas, la convirtieron en “recurso de su nuevo poder y su modo de progresar”. (p. 221)

La ciencia moderna ofrece también anticoncepción a los hombres, pero ésta es “vista mayoritariamente como una intervención que amenaza la integridad física del cuerpo masculino, con consecuencias orgánicas, psicosociales, sobre todo de identidad, debido a la idea que se vincula a la naturaleza del esperma y a las funciones específicas del aparato genital masculino. Cuando se atenta contra el esperma, en el imaginario, también se atenta contra la virilidad. (...) Para el hombre, la suspensión de la fertilidad es un atentado contra la virilidad, una castración simbólica, una pérdida del estatus social dominante y sobre todo un notable temor a la feminización, a partir del cambio radical de roles y fronteras entre los géneros”. (p. 222)

Esta lógica que opera en la dificultad de asumir la anticoncepción masculina, es la misma que opera en el éxito del Viagra y similares. El Viagra, que permitiría una mejor *performance* masculina en la realización del acto sexual, no implica necesariamente la satisfacción de las mujeres. Más bien, esto apunta a la prolongación de las fantasías sexuales de dominación, elemento que da que pensar acerca de los valores actuales de la dominación masculina.

Conversación

El que se puede denominar *núcleo duro* de la argumentación de Françoise Héritier es el siguiente. Sólo la mujer puede parir hijos, el varón no. Éste es el privilegio de ella, el varón lo sabe. Por ello tiene una *envidia del útero*. El padre quiere ser madre, pero no puede. Ella reproduce a su igual femenina, pero él no puede hacer lo mismo con su descendencia masculina: requiere de la mujer como medio. Esto lleva al varón a establecer una relación general de dominio sobre la mujer. Es la dominación masculina, que precipita en prácticas, lenguajes, instituciones y tradiciones –la mujer es la vasija donde el varón engendra sus hijos (Homero), la mujer es biológicamente un varón incompleto (Aristóteles). El varón necesita controlar a la mujer, necesaria como mediadora para la reproducción de lo masculino. El poder femenino, sentido en la *envidia del útero*, genera en el varón afán de control, que acaba plasmándose en mecanismos de dominación. Hasta aquí el *núcleo duro*. Cabe una pregunta, sin embargo, pues la envidia y el afán de control no constituyen sin más razones suficientes. Es necesario que *efectivamente* pueda ejercerse la dominación. ¿Cómo es posible ello? El vehículo probablemente ha sido la fuerza. Es decir, en la raíz de la

dominación habría una violencia y un sometimiento, crueldad, dolor y seguramente algo de aquiescencia.

Se llega a establecer, de este modo, un paradigma jerárquico de relación, marcado por la dominación. Este esquema sigue vivo y activo en nuestros días. Pueden darse de ello algunos ejemplos. ¿No trata la mujer a veces, en sus luchas reivindicativas, no sólo de alcanzar igual dignidad que el varón, sino también de igualarse a él en lo masculino? ¿No está culturalmente aceptado en los sectores de bajos ingresos que el varón *pegue en lo suyo*? Y en los sectores altos, no es menor la dependencia violentada y la reducción de la mujer al ámbito privado. ¿No es lo asociado culturalmente a lo masculino lo que *vende* en el mercado? Lo asociado a lo femenino sigue rechazándose, o se lo busca dominar –lo íntimo, lo que acoge, lo corporal (la leche, la sangre).

Uno podría argumentar que el evangelio de Jesús, la fe cristiana, trae consigo un paradigma igualitario de hermandad entre los hijos e hijas de Dios. Es pensable, entonces, que su influencia histórica haya significado, de uno u otro modo, un enfrentamiento con el esquema jerárquico. Hay estudios en este sentido, que destacan transformaciones generadas por influencia del cristianismo en la consideración de la mujer en la sociedad. Pero estos cambios no parecen haber sido suficientes y, hoy por hoy, el esquema jerárquico de dominación puede reconocerse en la vida social y en aspectos de la misma vida eclesial. ¿Cómo comprender esto? La Iglesia asumió formas, categorías, estructuras culturales en los primeros siglos de su historia, provenientes de Grecia y Roma. Margareth McDonald sostiene que el fenómeno de asunción del paradigma jerárquico habría tenido lugar en las comunidades paulinas, como resultado de complejos procesos asociados a la interacción entre evangelio y cultura griega.

En el horizonte de una cultura de dominación jerárquica entre lo masculino y lo femenino, sostiene Héritier, el desarrollo de la anticoncepción en la segunda mitad del siglo XX, en especial de la *píldora*, es un hecho máximamente relevante, por lo que significa y por sus consecuencias para la transformación de prácticas y mentalidades. Se trata, a su juicio, de un hito histórico, cuyos elementos integrantes son la existencia de medios técnicos de control de la natalidad, su aceptación amplia entre las mujeres y el establecimiento de políticas y legislaciones coherentes. La consecuencia más significativa de este hecho complejo sería la liberación de la mujer en el lugar mismo de la dominación, a saber, en su cuerpo. Se abriría, así, la posibilidad histórica de la mujer como sujeto autónomo y, justamente por esto, como pareja igualitaria del varón, con derechos y deberes correlativos.

Se dialoga sobre esta interpretación del hecho. La tesis de la autora es sugerente, pero abre preguntas. La aparición de la *píldora* también está asociada a los procesos de industrialización y consumo, es decir, al capital y sus fines. Desde esta perspectiva, la píldora aparece como instrumento de una dominación ejercida por intereses económicos y políticos. La píldora también puede contribuir a una perpetuación de la cultura machista entre los varones, profundizando la desvalorización de la mujer, reducida a mero objeto sexual. Aunque en el seno de relaciones igualitarias de pareja, se da un crecimiento de la misma vida de pareja y de su libertad para decidir. Queda, en todo caso, la interrogante sobre la efectividad de las consecuencias que tiene y tendrá el hecho de la *píldora* en el imaginario real. Uno podría argumentar que igualmente se trata, en este caso, de una

penetración en el cuerpo femenino, cuya finalidad es el *control*. Se reforzaría, de este modo, el control masculino, más que el cambio de su mentalidad. Pues aquí hay un asunto que es preciso considerar: el problema de las masculinidades. Si hay una crisis hoy, parece estar más entre los varones que entre las mujeres. Así lo insinúa, por ejemplo, el Informe PNUD 2004, que habla de una *masculinidad desafiada y aproblemada*.

En suma, el texto gusta a algunos, pero también incomoda a otras, a quienes parecen demasiado simples los análisis. En los procesos reales, las relaciones están más entreveradas y son más complejas. Todos tenemos de femenino y masculino -no se trata solamente de un asunto de dominación entre varones y mujeres. La dominación establecida también ha acomodado a las mujeres. El mismo texto tiene un lenguaje “masculino”. En este sentido, lo “femenino” sigue marginado. Lo que hay es un *patriarcado*, en buena medida conveniente para varones y mujeres. Desde este punto de vista, las preguntas que habría que encarar irían en otra línea. ¿Hay diferencias entre varones y mujeres, que no resulten deseables? ¿Cómo desterrar la violencia de la relación?

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del jueves 10 de septiembre de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Cristián Barría, Carolina Correa, Jorge Costadoat, Carolina Del Río, Caridad Merino, Iván Navarro, Paula Richard, Francisco Téllez, Mike Van Treek, Fernando Verdugo y Samuel Yáñez.

Texto de lectura previa

CARREÑO, Rubí, “El Huaso y la Lavandera. Significaciones de la sexualidad y la violencia en la construcción de géneros en la narrativa chilena”. En: OLAVARRÍA, J; MOLETTA, E (editores), *Hombres: Identidad/es y Sexualidad/es. III Encuentro de Estudios de Masculinidades*, FLACSO Chile, 2002, 29-36.

El punto de partida del texto es la famosa pintura de Rugendas. ¿Qué pasa con el huaso y la lavandera al considerar la crisis entre los géneros?

Tanto la pintura señalada como la literatura chilena, particularmente del siglo XX, sirven de *corpus* a la autora para llevar a cabo un análisis literario de tipo cultural, focalizado en las construcciones de género masculinas y femeninas. El espacio (o *escenario*, en clave semiótica) de dicho análisis lo constituye *la casa familiar de la cultura hacendada chilena*. De alguna manera, ésta representa también la sociedad chilena, en la que lo privado y lo público se cruzan.

¿Qué muestra el análisis? Que las relaciones entre los géneros e intra-genéricas aparecen en forma de dominación o competencia.

Varón *patrón de fundo* vs. Varón *apequenado*

Mujer *víctima de excesos* vs. Mujer *victimaria represora*

Ahora bien, no siempre las relaciones de poder y violencia van del varón hacia la mujer. Ambos alternan la posición de víctima y victimario.

En el *corpus* literario, erotismo y violencia se confunden. Por un lado, la violencia se ejerce o se recibe como expiación por el placer asociado a la sexualidad. Por otro, el pago también aparece como una forma de compensar el placer. En definitiva, el placer asociado a la sexualidad o erotismo, no está bien valorado en la cultura hacendada (familiar y nacional). Lo que se castiga en lo femenino, es el deseo que la mujer despierta en el varón. La sexualidad se castiga en las víctimas y, de alguna manera, se exculpa de responsabilidad a los victimarios. La sexualidad se paga, si se tiene como hacerlo.

En definitiva, el análisis mostraría que la razón de la violencia o poder ejercido sobre las víctimas se debería a una pobre valoración del placer asociado a la sexualidad. No se da cuenta –y tal vez el análisis sincrónico no lo permita– de dónde procede esa pobre valoración de la sexualidad. También se muestra que el ejercicio de la violencia no es monopolio del varón hacia la mujer, sino que puede darse también en la dirección mujer-varón o en las relaciones al interior de cada género.

¿Por qué el placer asociado a la sexualidad no es un valor cultural? ¿Hay fundamentos bíblicos y teológicos para que no lo sea?

La impresión es que la visión cristiana tradicional no valora el placer que se busca por sí mismo: gula, fornicación, etc. El placer estaría asociado a una actividad humana *bien hecha* (comer, amar, reproducirse, etc.). Ahora bien, como no se valora el placer en sí mismo, el sistema cultural construido ha encontrado un modo de compensar o *pagar* la búsqueda de placer de diversas maneras: con violencia o con dinero. El rico es quien puede pagar de ambas maneras. Se ve que el Evangelio de Jesús, que restituye las inequidades (varón-mujer) y la dignidad de las personas, no ha permeado los paradigmas culturales. ¿Necesaria evangelización de las personas y de las culturas? (EN 18-20)

Conversación

El diálogo comienza recogiendo la tesis de la desvalorización cultural del placer sexual en Chile. Cabe preguntarse cuál es la relación del pueblo mapuche y, más en general, de los pueblos aborígenes americanos, con el placer sexual. Sea lo que fuere, desvalorizado el placer, entonces no es *gratis* gozarlo. Viene a la memoria la influencia del estoicismo más antiguo, el griego, en las tradiciones cristianas europeas. Ese estoicismo concebía el placer como un indiferente y el deseo de placer (*pasión*) como consecuencia de un error. No era así en la concepción aristotélica, para quien el placer era un fin de la actividad humana, aunque no el fin supremo sin más. Si esta desvalorización del placer hunde sus raíces en la

época colonial americana y nacional, el advenimiento de la moderna cultura del trabajo, asociada al ideal del progreso y del desarrollo, mantiene la situación anterior, en la medida que el ser humano se convierte en *homo faber*. En este horizonte, tampoco el placer adquiere una valoración intrínseca, sino en referencia subalterna al trabajo. Perdiendo el trabajo paulatinamente su sentido, con una creciente conciencia de que se trata de una *carga pesada*, ¿qué queda, sino gozar y descansar cuando se pueda y de maneras no raramente extremas? Ahora bien, puede pensarse, el enriquecimiento urbano va permitiendo poner límites al trabajo y abrir espacios para el placer, la entretención por la entretención. Pero, este placer *nuevo*, ¿no está herido de *narcisismo*, como señalan algunos análisis, y, por tanto, con dificultades para desplegarse en el don hacia otros?

Desvalorizado el placer, su realización debe ser *pagada*, debe *costar algo*. Se hace necesario el ejercicio de una violencia, por decirlo así, *conmutativa*. Puede tratarse de una violencia contra la mujer, por haber *despertado el deseo*. En este caso, el victimario tiende a permanecer *invisible*. Puede haberse tratado también, en los tiempos de la llegada de los primeros conquistadores europeos a estas tierras, de la violencia de quien ha *salido* de la civilización a una zona *exterior, más allá, natural, salvaje*. Así es considerada América, hasta mucho más tarde, en el imaginario europeo. *Naturaleza*, quizás barbarie, por parte de América; *civilización*, por parte de Europa. Los fundadores fueron varones, no vinieron con mujeres, actuaron violando muchas veces, tuvieron concubinas. Recién las hijas, segunda generación, serán potenciales esposas para los hijos. La relación matrimonial en Chile tendría *a tergo*, a su espalda, un deseo masculino realizado *fuera y antes*, sin muchas contemplaciones. El varón, de este modo, experimenta dificultades históricas en Chile para establecer una relación de pareja integradora, permanece *niño*, inmaduro. La práctica de *pegar en lo suyo*, o simplemente de *abandonar* a la mujer y los niños, dejándolos *realmente*, o dejándolos en aquella forma, *no menos efectiva*, que consiste en *entregar* la casa y la crianza a la mujer –Chile como un país de *huachos y huachas*–, en fin, las prácticas de *tener capillas*, ir al *burdel*, u otras, expresarían este esquema cultural. La mujer, por su parte, mediante la aceptación tácita de este *orden* (¿o *desorden*?), que así se convierte en orden *acordado*, resulta no sólo una víctima de la violencia, sino también una *victimaria*. Su violencia se expresa, por ejemplo, en la educación de los hijos, mediante la reproducción simbólica y práctica del (des)orden establecido. Es verdad que el erotismo y la vida sexual tienen que ver *también* con la agresividad, en la medida que su ejercicio polariza todas las dimensiones de lo humano –y una de ellas, ineludible, es la agresividad. Por ello, no es razonable *reprimir* esta agresividad, pero sí *discernirla*, para integrarla crecientemente en una relación amorosa de mutua aceptación y cuidado. Sin embargo, esta tarea crucial de integración y criba, de *desarrollo* humano, resulta mucho más difícil, si lo que hay a la base es una estructura cultural de aceptación y complicidad respecto de un orden violento.

¿Hay raíces bíblicas y cristianas en lo que se ha detectado, a saber, la desvalorización del placer, en concreto, del placer sexual, y la consiguiente violencia que ello trae? En los textos de la creación del Génesis, se repite que vio Dios que lo creado *es bueno*. Podemos decir, *es rico*, es placentero para Dios, *le gusta*. *Descansar*, lo que Dios hace el séptimo día, no habría que interpretarlo como un descansar *del* trabajo creador, sino como un momento *inherente* a la creación misma de Dios. Esto es, el descanso –*gozar, recrearse*– es también creatura divina.

Si lo que hemos presentado hasta aquí es cierto, entonces habría que concluir que el placer no está evangelizado en Chile, en particular el *placer sexual*. Culturalmente, se lo valora menos de lo que lo valora Dios. Se lo integra menos de lo que desea Dios en el camino de *desarrollo* humano. Hay una tarea pendiente en la evangelización de la cultura chilena. Junto al catolicismo social, habría que impulsar una suerte de *catolicismo sexual*. Las nociones de *relación amorosa*, *desarrollo*, *vida*, *placer*, pudieren ayudar a ello. Se trataría ésta de una tarea evangelizadora que habría que desplegar con la *pureza* de las palomas y con la *inteligencia* de las serpientes, es decir, con diálogo y realismo. Está claro que la energía sexual es muy poderosa, y que el ser humano está *caído*. Se requieren *límites*. Pero hay una *buena nueva* para la vida sexual, en el sentido que puede ser vía de promoción humana, encuentro y gozo. Un *catolicismo sexual*, de esta manera, sería la contribución propiamente evangélica al proceso de la *revolución sexual* contemporánea.

Pero el cristianismo, el catolicismo, ¿está en condiciones de acometer esta tarea? ¿No cuesta tanto hablar de sexualidad y placer desde una perspectiva de fe? Se puede pensar en la imagen de la Sagrada Familia. En dicha imagen, lo que encontramos es una familia ¡*sin placer sexual!* ¿Por qué esta imagen? Era necesario destacar, tal vez, el origen divino, y no meramente humano, de Jesús, el *Cristo*. También ha de haber influido la inminencia escatológica en que vivieron las primeras generaciones cristianas. En ese contexto, lo mejor es no casarse (San Pablo), pues el fin ya viene. Pero, ¿no ha influido también, *de contrabando*, la ya mencionada desvalorización del placer sexual? ¿Acaso no sería necesario que hubiere en el imaginario católico, al lado de la Sagrada Familia, otras imágenes de familias donde varón y mujer se *santifican* –para usar el lenguaje más oficial– mediante la práctica evangélica de su vida sexual? ¿Qué rasgos tendría que tener dicha práctica para ser *evangélica*? Tal vez haya aquí una pregunta que responder.

Muchos están de acuerdo en que actualmente se verifica un cambio hondo en el ámbito de la sexualidad. Estaríamos en un momento de transformaciones culturales significativas. Desde esta perspectiva, el cuadro de Rugendas, *El huaso y la lavandera*, tendría mucho de nostálgico o *pasado de moda*, pues no representaría el tipo de relación que buscan establecer muchas mujeres y varones hoy en día. En estas búsquedas, algunos aprecian un desequilibrio, a saber, muchas mujeres buscan varones que *aún* no existen, y muchos varones buscan mujeres que están *dejando* de existir. Es que está aconteciendo que la mujer ya no sólo se comprende como *objeto* sexual, sino también como *sujeto* en este plano. La pasividad deja lugar a una actitud más activa. Se abre la posibilidad de relaciones igualitarias, donde ambos son objeto y sujeto. Se conquista una libertad, aparece el desafío de un reconocimiento de mutua dignidad, y la posibilidad de un encuentro amoroso de cuidado respectivo. La aparición histórica de la pareja romántica electiva, en igualdad y complementariedad, parece ser una ocasión propicia para la evangelización de la vida sexual y de las relaciones entre los géneros. Una oportunidad para la *buena nueva*, pero que es necesario discernir cuidadosamente. Pues también los vínculos de pareja se han vuelto más frágiles, entre otras razones porque son más electivos. A la luz de la fe, es posible apreciar que Dios está trabajando hoy en este ámbito. Y que se encuentra con ciertos obstáculos. ¿Cómo colaborar con Él?

SEXUALIDAD Y EVANGELIO
Sesión del jueves 21 de octubre de 2009
CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

Asisten Cristián Barría, Carolina Correa, Carolina Del Río, Iván Navarro, Carmen Reyes, Paula Richard, Francisco Téllez y Samuel Yáñez.

Texto de lectura previa

La sesión comienza con una breve exposición del texto leído previamente: DOMÍNGUEZ, C, *Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones*, Desclée de Brouwer, 2001, 49-66, que trata de las hondas transformaciones que están ocurriendo en la idea y la vivencia de la sexualidad. El autor inscribe su aporte en el horizonte abierto por el Psicoanálisis, de manera que concibe la pulsión sexual como pulsión de deseo orientada a la relación y el encuentro gozoso.

En su descripción de los cambios, destaca tres aspectos. En primer lugar, la conciencia creciente de las estructuras de dominación que atraviesan, por una parte, las relaciones entre los géneros y, por otra, las prácticas y discursos sobre sexualidad. Esta conciencia está asociada a transformaciones que se están operando, en el sentido de una mayor simetría. En segundo término, destaca el proceso de secularización desplegado en las culturas modernas, y lo asocia al hecho de la distancia entre el discurso jerárquico y la práctica de los fieles en el ámbito de la sexualidad. Los procesos secularizadores son ambivalentes, y jerarquía y fieles los viven, en general, de diversa manera. Por último, constata como un cambio fundamental la separación entre sexualidad y procreación, como consecuencia de diversas transformaciones sociales, económicas, culturales, etc. También influye en ella el aumento de la expectativa de vida. Esta separación no consiste en una distancia total (sexualidad sin procreación, procreación sin sexualidad), sino en una mayor autonomía de la sexualidad respecto de la procreación. Esto está llevando a comprenderla, más que en el horizonte de la conservación de la especie, en el de las relaciones de amor y desarrollo humano.

Las transformaciones están desarrollándose, y se hace necesario por tanto una actitud de discernimiento ante la nueva situación. Se constata que nace una nueva sensibilidad y modo de vivir la sexualidad y el placer. Hay liberación de represiones anteriores que eran dañinas. Pero el deseo pulsional tiene un carácter inherentemente conflictivo, y es preciso estar atentos. El inconsciente tiene muchos recovecos. Es claro, por otra parte, que el deseo pulsional se concreta según los cauces socio-históricos vigentes en cada época. En este sentido, el autor manifiesta su preocupación por la hegemonía de una cultura del consumo y la posesión, que podría ser terreno propicio para desvíos perversos del deseo. Una afirmación unilateral del tener y poseer podría sentar bases para un derecho a la regresión narcisista. La dinámica económica de la utilidad marca también el deseo sexual. Si la histeria es el problema del deseo, entonces habría otras formas contemporáneas de *histeria*. Se estaría pasando de una sexualidad del recato (de los elefantes) a una de la exposición pública (de los mandriles). Esto podría interpretarse como una especie de *huida hacia delante* de la angustia, que no es resuelta en su fondo y puede llevar, así, a una

manipulación superficial y descomprometida de sí mismo y del otro. Es el problema del *narcisismo*, que también implica dificultad para el reconocimiento de lo diferente. Está el hecho de una cierta masculinización de las prácticas femeninas, por ejemplo (lenguaje, actividades, etc.). ¿Cómo nuestra sociedad está configurando nuestros deseos?

Conversación

El diálogo gira inicialmente en torno al diagnóstico de los cambios que hace el autor, y a las prevenciones que manifiesta sobre las posibles consecuencias que la actual configuración socio-histórica dominante puede tener sobre las formas usuales de concreción del deseo sexual. Hay acuerdo en que la situación es de transición. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la gran heterogeneidad que se aprecia en los padres de hijos adolescentes, respecto de criterios sobre temas de sexualidad. En general, ellos no transmiten a sus hijos la educación sexual que recibieron, pues estiman que no fue beneficiosa, o que ya no es válida. Pero no tienen claridad sobre lo más adecuado hoy, y no hay voces autorizadas a las cuales recurrir. Cada cual hace lo que puede, pero con conciencia de la falta de un discurso orientador y propio. Esto también se expresa a veces en la consulta psicológica, en medio de prácticas terapéuticas que utilizan como instrumento la narración. Aparecen allí los relatos socialmente dominantes, pero no dichos *desde sí mismo*, sino desde voces normalizadoras menos personalizadas.

Hay aspectos positivos hoy. Se han superado ciertas visiones dañinas, enfermizas. Tal vez, nos encontremos en un momento de *antítesis*, y falta todavía tiempo para una consideración y un discurso nuevo y superador. El autor del texto leído da gran importancia al hecho del consumo, como factor decisivo en la configuración del deseo. Pero esta cultura del consumo, ¿no será algo más transitorio que permanente? Por otra parte, el desarrollo tecnológico también va a ir dejando su marca en las prácticas e imaginarios. Parece verdad que, crecientemente, lo posible, por el solo hecho de ser posible, se vuelve deseable y, más aún, algo necesario. ¿Cómo afecta esto la vida de pareja y familiar? Está el peligro de olvidar lo que realmente se quiere.

Hay acuerdo en la importancia crucial de la separación entre sexualidad y procreación, en los términos en que el autor del texto la expone. Con expectativas de vida menores, la mujer pasaba buena parte de su vida sexualmente activa dando a luz. Hoy por hoy, es una realidad extendida para muchas mujeres que los años de reproducción no son más que 5. Entonces, la vida sexual se orienta durante todo el resto de la vida, que son muchos años, a la relación de encuentro y placer. Adquiere así centralidad el proyecto de pareja como vía concreta de desarrollo humano.

Pero el texto leído, ¿no describe de manera excesivamente pesimista la situación actual? En la teleserie nocturna *¿Dónde está Elisa?*, lo que se aprecia en los personajes son deseos de compañía conviviendo con el fracaso en las relaciones de pareja. Pero la situación real, ¿es así? ¿No está muy vigente el ideal de establecer una buena relación de pareja, fecunda en hijos y responsable en la paternidad y maternidad? Es verdad que hay un cierto destape en los medios de comunicación, reactivo ante una situación anterior, pero la mayoría se esfuerza en caminar por un *justo medio*, entre más o menos logros y fracasos. Es verdad que hay discursos públicos respecto de la sexualidad cargados de narcisismo. Lo que falta,

por tanto, es dar mayor voz a ese discurso común, de muchos y muchas, quienes se esfuerzan por realizarlo en sus vidas concretas. Este discurso renovado, orientador, se inscribe claramente en un horizonte de encuentro, integración interpersonal y responsabilidad para con los hijos. Se necesita esta palabra en este momento histórico.

¿Quiénes están llamados, de manera especial, a elaborar y proferir esta palabra nueva y también vieja? Llevar una vida célibe influye e, incluso, ¿no dificulta en general hoy una reflexión sobre estos temas? La relación entre sexualidad y poder es estrecha en la vida eclesial. En no pocos seminarios, el imaginario formativo todavía está marcado por la idea de que la mujer es básicamente una tentación desestabilizadora. El rasgo positivo lo tiene la maternidad, pero no las otras dimensiones de la sexualidad femenina. En el mismo discurso teológico, pervive la tesis de que el modo de vida célibe es “superior”, como signo de la vida definitiva del Reino. Son muy pocos los casados reconocidos públicamente como santos en la Iglesia. Hay que preguntar: ¿cómo están afectando a la vida célibe las transformaciones que se dan en el ámbito de la sexualidad? Es verdad que se aprecia en otras y otros célibes una cultura más liberada de los elementos antes puestos de relieve. Pero, ¿se trata de una orientación mayoritaria? ¿Cómo se está formando al clero en estos temas? Los cambios son lo suficientemente amplios y profundos, como para pensar en una *vuelta atrás*.